

LAS ROSAS DE MAYO

DOT HUTCHISON

LAS ROSAS DE MAYO

Traducción de Graciela Romero

 Planeta

Diseño de portada: Jae Song
Fotografía de la autora: © Arabella Blizzard, 2012

Título original: *The Roses of May*

© 2017, Dot Hutchison

Traducido por: Graciela Romero Saldaña

Esta edición es posible mediante un acuerdo de licencia originado por Amazon Publishing. www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5678-8

Primera edición impresa en México: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5682-5

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

FEBRERO

Si se deja desatendido, el trabajo de oficina se multiplica exponencialmente, como los conejos o los ganchos para la ropa. Mientras mira con mala cara las nuevas pilas de papeles sobre su escritorio, el agente especial Brandon Eddison no puede evitar preguntarse cómo se verían si les prendiera fuego. No sería difícil. Tan sólo raspar un cerillo, accionar un encendedor, el borde de una o dos páginas en medio para que las llamas corran bien y al parejo, y así todos los papeles desaparecerían.

—Si les prendes fuego, simplemente volverán a imprimirlos y tendrás que encargarte de ellos más los del reporte de incendio —dice una voz burlona a su derecha.

—Cállate, Ramírez —responde él con un suspiro.

Mercedes Ramírez, su colega y amiga, simplemente vuelve a reírse y se recarga en su silla, estirándose hasta formar una línea larga y ligeramente curva. Su silla rechina a manera de reclamo. El escritorio de ella también está cubierto por papeles. No hay pilas, sólo está cubierto. Si Eddison le pidiera cualquier información específica, Ramírez la encontraría en menos de un minuto, y él nunca podrá entender cómo lo hace.

En la esquina, frente a sus escritorios que forman una «L», está el cubil de su compañero de alto rango, el supervisor y agente especial a cargo, Victor Hanoverian. Para disgusto y sorpresa de Eddison, todos los papeles en ese escritorio parecen resueltos, acomodados en carpetas de colores. Como líder de este intrépido

trío, Vic tiene más trabajo de oficina que cualquiera de ellos y, de algún modo, siempre logra terminarlo primero. Eddison supone que eso es lo que treinta años en la agencia provocan en una persona, pero es aterrador pensarlo.

Vuelve la vista a su propio escritorio, a la nueva pila de papeles, y masculla mientras toma los primeros. Tiene un sistema, uno que desconcierta a Ramírez tanto como el de ella lo perturba a él, y pese a la altura de la pila, no tarda mucho en trasladar los papeles a las columnas correctas al fondo de su escritorio, ordenadas tanto por tema como por prioridad. Están perfectamente alineadas con el borde y las orillas de la superficie, alternándose en horizontal y vertical dentro de cada pila.

—¿Alguna vez has hablado con un doctor sobre eso? —pregunta Ramírez.

—¿Alguna vez te han buscado las televisoras para hablar sobre lo tuyo?

Ella suelta una risita y vuelve a concentrarse en su escritorio. Sería lindo si, de vez en vez, Ramírez mordiera el anzuelo. Claro que no es imperturbable, pero es extrañamente inmune a las provocaciones.

—¿Dónde está Vic?

—Viene de tomar una declaración; Bliss pidió que estuviera presente.

Eddison se pregunta si debería señalar que, a tres meses y medio de haber rescatado a las sobrevivientes del Jardín en llamas, Ramírez sigue usando los nombres de las Mariposas, aquellos que el captor dio a sus víctimas.

Pero no lo hace. Tal vez ella lo sabe. Casi siempre, el trabajo es más sencillo si pueden acomodarlo todo ordenadamente en cajitas dentro de sus cabezas; las historias de las chicas antes de que las secuestraran son algo más difícil de integrar.

Debe ponerse a trabajar. Es día de papeleo, o cuando menos en gran parte, y en serio necesita desaparecer al menos una de esas pilas para el final de la jornada. Sus ojos se posan sobre la colorida torre de carpetas que vive en la esquina posterior derecha de su escritorio y que año tras año ha ido creciendo con más carpetas pero sin respuestas. Esa pila nunca desaparece.

Se recarga en el respaldo de la silla y observa las dos fotografías enmarcadas sobre el archivero en el que guarda sus artículos de oficina y formatos en blanco. Una de ellas es de su hermana y él hace mucho tiempo, en Halloween, una de las últimas veces que la vio antes de que la secuestraran en la calle cuando iba a casa después de clases. Sólo tenía ocho años. La lógica le dice que debe estar muerta. Han pasado veinte años, pero aún se detiene a mirar a cualquier mujer de veintitantos que se parezca a su hermana. La esperanza es una cosa voluble y extraña.

Pero, claro, Faith también era voluble y extraña cuando sólo era su hermana y no una estadística más sobre niños perdidos.

La otra fotografía es más nueva, de hace apenas un par de años, un recuerdo del viaje más perturbador e inesperado que ha hecho y que no tenía que ver con el trabajo. Priya y su madre lo llevaron a una serie de extraños recorridos turísticos durante los más o menos seis meses que vivieron en Washington, D. C., pero aquel paseo fue como algo sacado de sus pesadillas. Ni siquiera sabe bien cómo terminaron en un campo lleno de enormes bustos de presidentes. Pero así fue y, en algún momento, él y Priya treparon a los hombros de Lincoln y señalaron hacia el enorme agujero en la parte posterior de la cabeza de la estatua. ¿Realista? Sí. ¿Intencional? A juzgar por lo maltratado de las demás figuras de seis metros de altura... no, realmente no. Hay otras fotos de ese día (bien guardadas en una caja de zapatos en un rincón de su clóset), pero esta es su favorita. No por el bastante perturbador busto de un presidente asesinado, sino porque es en la que Priya aparece con una sonrisa poco común en su rostro.

Eddison no conoció a la Priya que sonreía sin pensarlo. Esa Priya se hizo pedazos días antes de que él conociera a la chica que surgió de entre sus restos. La Priya que él conoce es cortante, hosca, y sus sonrisas son retadoras, atacan. Cualquier señal de delicadeza, de amabilidad, es algo accidental. Quizá su madre aún ve en ella algo tierno, pero nadie más, no desde que la hermana de Priya quedó reducida a fotografías y datos en una de las carpetas de colores en la esquina del escritorio de Eddison.

Está bastante seguro de que no hubiera podido ser amigo de la antigua Priya, aunque también le sorprende ser amigo de la ac-

tual. Ella sólo debió ser la hermana de una víctima de asesinato, una chica a la cual entrevistar para luego sentir lástima por ella y nunca conocerla realmente, pero en los días que siguieron al homicidio de su hermana, Priya tenía tanta rabia: contra el asesino, contra su hermana, contra la policía y contra todo el jodido mundo. Eddison conoce muy bien ese tipo de rabia.

Y como está pensando en ella, como es día de papeleo tras una serie de días malos mientras luchan por contener a los medios respecto del caso de las Mariposas, Eddison saca su celular personal, le toma una fotografía a la imagen enmarcada y se la manda a Priya. No espera una respuesta; el reloj le informa que apenas son las nueve donde ella está y como no tiene que levantarse para ir a la escuela, probablemente sigue envuelta en sus cobijas como un burrito.

Pero un momento después, el teléfono vibra con una respuesta. La fotografía es una toma panorámica de un edificio de ladrillo rojo que debería ser imponente pero sólo se ve presuntuoso, con una parte cubierta por celosías de metal oxidado que probablemente se llena de hiedra en los meses más cálidos. Por aquí y allá entre los ladrillos se ven algunas ventanas altas y estrechas de aire medieval.

¿Qué demonios?

Su teléfono vuelve a vibrar. «Esta es la escuela que casi me atrapa. Deberías ver sus uniformes».

«Sabía que sólo tomabas clases en línea para poder quedarte en pijama todo el día».

«No SÓLO por eso. ¿Sabías que el director protestó cuando mi mamá le explicó que no nos inscribiríamos? Le dijo que me hacía daño al dejarme apenas con una educación inferior».

Eddison hace un gesto de preocupación.

«Me imagino que eso no terminó muy bien».

«Supongo que está acostumbrado a mostrar su verga y obtener lo que quiere. Pero la verga de mi mamá es más impresionante».

Algo se posa sobre sus hombros y se sobresalta, pero sólo es Ramírez. Su concepto de espacio personal es tremendamente distinto, dado que él sí tiene idea de cómo deberían ser las cosas.

Pero en vez de discutir, y como eso nunca parece servir de nada, Eddison inclina la pantalla para que ella lea.

—Mostrar su... ¡Eddison! —Le da un golpe en la oreja con la suficiente fuerza para que sea doloroso—. ¿Tú le enseñaste eso?

—Ya casi tiene diecisiete años, Ramírez. Es muy capaz de ser vulgar sin ayuda de nadie.

—Eres una mala influencia.

—¿Qué tal que ella es la mala influencia?

—¿Quién es el adulto?

—Claramente, ninguno de ustedes dos —señala una nueva voz.

Ambos hacen un gesto de pena.

Pero Vic no les recuerda que no está permitido sacar los celulares personales en horas de trabajo ni que hay otras cosas que deberían estar haciendo. Sólo pasa junto a ellos, rodeado por un aroma a café fresco, y grita sin voltear: «Salúdenme a Priya».

Rápidamente, Eddison cumple con la orden y escribe mientras Ramírez vuelve a su escritorio. La pronta respuesta de Priya lo hace reír.

«Awww, ¿te regañaron?».

«Mejor dime qué haces despierta».

«Caminar por ahí. El clima al fin mejoró».

«¿No hace frío?».

«Sí, pero ya no está nevando ni cae aguanieve u otras mierdas congeladas del cielo. Sólo veo qué hay por aquí».

«Llámame más tarde para contarme qué hay».

Espera la respuesta y luego guarda el teléfono en el cajón junto a su arma, su placa y todas las otras cosas con las que tiene prohibido jugar cuando está en su escritorio. En ese maldito flujo casi infinito de horrores que es su trabajo, Priya es una arisca chispa de vida.

Eddison lleva tiempo suficiente en la agencia como para agradecer eso.

En Huntington, Colorado, hace un frío terrible en febrero. Aunque traiga capas de ropa suficientes para sentirme tres veces de

mi tamaño, el frío logra colarse entre las telas. Tenemos aquí una semana y este es el primer día en que el clima ha sido decente para explorar.

Hasta ahora, se parece a cualquiera de los lugares en los que hemos vivido en los últimos cuatro años. La compañía de mamá nos lleva por todo el país para que ella les resuelva emergencias, y en tres meses nos iremos de aquí, quizá para por fin quedarnos mientras ella se encarga del área de Recursos Humanos en la filial de París. Tal vez lo de Francia no sea algo definitivo, pero creo que a ambas nos gustaría que así fuera. «Priya en París» suena adorable. Mientras tanto, Huntington está tan cerca de Denver que mamá puede ir y venir cómodamente, y al mismo tiempo está tan lejos que se siente más como una comunidad que como una ciudad, de acuerdo con el agente de la compañía que nos recibió en la casa cuando llegamos.

Tras cinco días de aguanieve, nevió todo el fin de semana; las áreas verdes quedaron cubiertas de blanco y las orillas asquerosamente grises. Hay pocas cosas más feas que la nieve paleada. Pero las calles están libres y todas las aceras, teñidas de azul por la sal. Se siente como si caminaras sobre los restos de una matanza de pitufos.

Meto las manos en los bolsillos del abrigo mientras camino, en parte para tener más calor que el de los guantes y en parte para evitar que mis dedos anhelan una mejor cámara que la del teléfono. Dejé mi cámara buena en la casa, pero Huntington es un poco más interesante de lo que esperaba.

Al pasar la primaria más cercana, veo un refugio invernal para las ardillas a un costado del patio; básicamente es un gallinero extravagante pintado de rojo brillante. Hay un agujero en la parte de abajo para que puedan entrar y salir, y el parpadeo de una luz roja evidencia una cámara en su interior que debe hacer que los niños de la escuela puedan observar a los roedores durante el invierno. En este momento, unas cuantas duermen tranquilamente en lo que parecen ser unas telas semirrrotas y aserrín. Sí, obviamente me asomé. Es un refugio de ardillas.

A menos de dos kilómetros hay un terreno baldío pasando una intersección, demasiado pequeño para ser un parque, pero

con un hermoso quiosco de hierro forjado en el centro. O algo así como un quiosco pues no tiene piso, solamente los postes enterrados en la tierra congelada, y aunque el metal es macizo, los soportes están detalladamente decorados en sus uniones y el techo, que es casi una cúpula bulbosa, se ve elegante y delicado. Es como si fuera una capilla de bodas al aire libre, aunque rodeada de lugares de comida rápida y la solitaria oficina de un optometrista.

Para volver a casa por el camino más largo, tengo que cruzar una intersección de siete calles, la mitad de ellas de un solo sentido y con todos los señalamientos apuntando en la dirección incorrecta. No hay ni un coche a la vista en ninguna de las siete calles. Claro que apenas son las once y media de la mañana y la mayoría de la gente está en la escuela o en el trabajo, pero tengo la sensación de que esta intersección sólo la toman los conductores que se han resignado a la inevitable certidumbre de la muerte y la destrucción.

Tomo fotos de todo, aunque seguramente saldrán horribles con mi teléfono, porque tomar fotos es lo que hago. De algún modo el mundo parece un lugar menos aterrador si puedo poner el lente de una cámara entre todo lo demás y yo. Pero más que nada tomo fotos por Chavi, para que ella pueda ver lo que yo veo.

Chavi lleva casi cinco años muerta.

Yo sigo tomando fotografías.

La muerte de Chavi fue la razón por la que conocí a mis agentes del FBI; Eddison, Mercedes y Vic son míos de una forma significativa. Ella debió ser sólo un caso más, mi hermana mayor debió ser tan sólo una chica asesinada en un archivo, pero ellos me siguieron la pista. Tarjetas, e-mails y llamadas, y en algún momento dejé de resentir que me recordaran la muerte de Chavi y me sentí agradecida de que, mientras nos mudábamos de un sitio a otro, yo siguiera teniendo a mi extraño grupo de amigos en Quántico.

Paso junto a la biblioteca que más bien parece una catedral, con todo y vitrales y un campanario, y junto a una licorería entre despachos de abogados especializados en infracciones vehiculares por conducir ebrio. Un poco más adelante hay una plaza anclada de un lado por un enorme gimnasio abierto las veinticuatro

horas y una guardería vespertina al otro extremo; entre ellos hay siete tipos diferentes de comida rápida. Por extraño que parezca, eso es algo que me gusta, la contradicción y el caos, la conciencia de que nuestras intenciones tienden a irse a la mierda y nuestros vicios siempre están ahí, esperándonos.

Una plaza más grande, de dos pisos y con una decoración mucho más elaborada de la que debería tener cualquier centro comercial, alberga lo que debe ser el supermercado más elegante de la nación. Afuera, un letrero anuncia que hay un Starbucks al interior pero hay otro en la plaza y uno más al cruzar la calle, por lo que parece que es un chiste, pero no lo es.

Probablemente debería almorzar, aunque intento no comer sola si puedo evitarlo. No es una cosa de salud; si salgo con mamá por comida para llevar, voy gustosa. Lo que me molesta es hacerlo sola. Tras algunos años de intentar equilibrar lo que mi cuerpo necesita contra lo que mis emociones insisten que necesito, aún no me sale bien. A veces, aunque ahora casi solamente en los días malos, vuelvo a comer hasta sentir náuseas al recordar que Chavi no está aquí, no está y el maldito dolor es tal que no tiene sentido, porque cualquier cosa que duela así debería sangrar, debería poder arreglarse y eso no es posible, así que comer oreos hasta el punto de casi reventar, con retortijones y vómito, me permite que el dolor tenga sentido.

Ya han pasado unos meses desde que crucé la línea que me impuse yo misma y me desplomé sobre el escusado (definitivamente las Oreos no saben tan bien en la segunda vuelta), pero aún estoy... consciente, supongo, de que mi control no funciona como debería. A mi mamá siempre le ha preocupado mucho menos el peso que lo de que coma hasta vomitar, pero entre las dos (con su voluntad de hierro y mi fe en su voluntad de hierro) hemos logrado estabilizar las cosas para que ya no salte salvajemente entre los preocupantes extremos de estar gorda y en los huesos.

Que mi peso actual haga que me parezca más que nunca a Chavi... bueno. En los mejores días sólo es un escalofrío y evitar cuidadosamente las imágenes y los espejos que sean más grandes que uno de bolsillo. En los días malos son agujas bajo mi piel y

mis dedos ansiosos por alcanzar unas Oreo. Mi mamá dice que estoy en un proceso.

Entro al supermercado. Estoy segura de que no puedo sentir la punta de la nariz, así que una bebida caliente no será algo terrible. Si no como hasta llegar a casa, es menos probable que me meta en problemas.

La barista es una señora pequeña y con aspecto de gorrión que debe tener por lo menos ochenta años, con su cabello de color lavanda recogido en un moño a la *gibson girl* y con unos pasadores de un morado brillante. Su espalda y sus hombros están encorvados y sus manos, artríticas, pero sus ojos están llenos de vida y su sonrisa es amable. Me pregunto si necesita este trabajo o simplemente es una de esas personas que se buscan un empleo de medio tiempo tras jubilarse porque su casa o su esposo las desesperan cuando comparten demasiado tiempo.

—¿Cuál es tu nombre, linda? —pregunta con su Sharpie en la mano mientras con la otra toma un vaso.

—Jane.

Porque es horrible ver cómo la gente escribe «Priya».

Unos minutos después, tengo mi bebida. Hay mesas y sillas apiñadas en una esquina de la tienda y desde unas bocinas en el techo suena un CD corporativo de jazz suave, pero todo queda sepultado por los sonidos del resto del lugar: voceos chillones en el altavoz, choques de carritos, latas y cajas, niños gritando, el *soundtrack* de rock pop; es caótico y escandaloso y hace que esto de tener una cafetería en el supermercado sea un poco extraño.

Salgo de nuevo al frío y recibo el ataque de la brisa que ha comenzado a soplar. Camino por el estacionamiento. Llegué por la parte trasera de la plaza, pero el camino del frente me llevará directo a casa y probablemente es hora de que vuelva.

Pero me quedo petrificada al ver un pequeño y extraño pabellón. Está sobre un espacio cubierto de pasto, uno de los muchos que separan en secciones el estacionamiento, con el metal forrado por tres lados por lo que parece ser una pesada lona blanca. Unos calentadores en espiral de un rojo encendido cuelgan de las vigas sobre las cabezas de un grupo formado principalmente por ancianos con gorras de beisbol similares, en azul oscuro o negro con un

bordado amarillo, todos protegiéndose del frío que se cuele por el lado abierto de la lona. Están sentados en unas mesas de picnic de piedra, con tableros y piezas en medio. No debería despertar nada en mí, pero sí lo hace, porque es algo dolorosamente conocido.

Nada es tan repetitivo como un grupo de viejos reunidos para jugar ajedrez.

Papá y yo solíamos jugar.

Él era muy malo y yo fingía que también lo era, lo cual lo molestaba mucho más que a mí, pero jugábamos cada sábado por la mañana en el parque cerca de la casa o en la iglesia contigua, vacía durante los largos inviernos de Boston. A veces él también quería jugar en la semana, pero había algo en la tradición del sábado que me atraía.

Aun sin papá, sigo buscando reuniones de ajedrez en cualquier lugar al que nos mudamos. Siempre pierdo, al menos la mitad de las veces a propósito, pero aun así quiero jugar. Todo lo demás que representaba a papá ha desaparecido, pero convencer a la gente de que soy mala para el ajedrez es algo que puedo mantener vivo.

La puerta de un auto rechina al abrirse cerca de mí y me distrae de los ancianos y sus tableros. A unos metros, una joven de unos veintitantos al volante, con un enorme tejido sobre el regazo, me sonrío.

—Puedes ir a hablar con ellos —dice—. No muerden. Al menos no con dientes.

Ya no soy muy buena para sonreír y cuando lo hago doy un poco de miedo, pero intento ofrecerle una expresión adecuadamente amigable.

—No quiero interrumpir. ¿Dejan que otras personas jueguen con ellos?

—A veces. Son muy especiales en eso, pero no hace daño preguntar. Mi abuelo está allá.

Eso explica el tejido. Gracias a Dios, porque una Madame Defarge de estacionamiento sería bastante escalofriante.

—Ve a preguntar —insiste, y su pulgar acaricia despreocupadamente el bucle de estambre rojo que envuelve su meñique—. Lo peor que puede pasar es que te digan que no.

—¿Ese es tu consejo para todos los que se quedan mirando?

—Sólo para quienes se ven solitarios. —Cierra la puerta antes de que se me ocurra una respuesta a eso.

Tras un par de minutos más parada ahí como una idiota y con un dolor creciente en las partes que aún no se me han congelado, cruzo el pasto hacia el cálido pabellón. Todos los jugadores dejan sus partidas para voltear a verme.

Casi todos los hombres son viejos, obviamente veteranos a juzgar por los nombres de unidad y de las misiones en sus gorras. Los parques de ajedrez son lugares comunes para hallar veteranos y aunque no conozco todas las misiones, sé lo suficiente para acomodarlos en grupos. La mayoría estuvieron en Vietnam, algunos en Corea, un par en la Guerra del Golfo y uno muy anciano que está envuelto en bufandas y cobijas, sentado lo más cerca posible de los calentadores, lleva una cuartelera que dice «Operación Neptuno» en letras bordadas con un hilo que ha ido perdiendo su color hasta quedar de un mostaza deslavado.

Mierda.

Este hombre participó en la invasión de Normandía, antes de que nacieran mis abuelos.

Uno de los veteranos de Vietnam, un hombre de rostro colgante y nariz bulbosa y llena de venas rotas que sugiere que el ajedrez es su forma de mantenerse lejos del alcohol durante el día, me mira con molestia.

—No queremos donaciones, niña.

—No ofrezco donaciones. Iba a preguntarles si dejan que otras personas jueguen con ustedes.

—¿Sabes jugar? —Su tono me dice que no me cree.

—Mal, pero sí. Busco dónde jugar cada que nos mudamos.

—Mmm. Pensé que ustedes los jóvenes usaban lo del internet para eso.

—No es lo mismo.

El más viejo se aclara la garganta y los demás voltean a verlo. Todos los grupos tienen su jerarquía; los de veteranos no son diferentes y, fuera de los grados reales, la Segunda Guerra Mundial le gana a todo. Este hombre estuvo en el infierno y ha vivido con sus cicatrices por más tiempo que cualquier otro aquí presente. Un grado así no se retira ni se revoca.

—Acérquese, por favor.

Rodeo la mesa y me acomodo sobre el trozo de banca que se asoma junto al anciano. Él me observa por un momento —el motivo no lo sé— y el feo aroma dulzón de su aliento me hace preguntarme si será diabético, si no le hace daño estar aquí afuera con este clima aun con tantas cobijas y los calentadores. Su piel es delgada como un pergamino, llena de arrugas suaves y manchas por la edad y el desgaste, además de unas delgadas venas azules que se extienden como telarañas por sus sienes y bajo sus ojos. En un lado de su cabeza se puede ver una cicatriz gruesa y descolorida que corre hasta detrás de su oreja. ¿Metralla de Normandía? ¿O algo completamente distinto?

—Está luchando su propia guerra, ¿verdad, niña?

Lo pienso y dejo que la pregunta que esconden esas palabras tome forma. La forma que toma es la de Chavi, toda esa ira, pena y dolor que he cargado desde que murió.

—Sí —digo al fin—. Pero no sé quién está del otro lado. —Toda guerra necesita un enemigo, pero no estoy segura de que haya alguien capaz de sabotearme tan bien como lo hago yo misma.

—Todos nos hemos preguntado eso algunas veces —acepta el anciano mientras sus ojos recorren brevemente a los otros hombres. Sólo uno de ellos no nos mira; observa su tablero con el ceño ligeramente fruncido y la creciente comprensión de que su rey está por quedar acorralado—. ¿Cómo se llama?

—Priya Sravasti. ¿Y usted?

—Harold Randolph.

—¡Gunny!

Casi todos los hombres disimulan la risa tosiendo entre sus manos. Sólo uno de ellos no lo hace y ni siquiera parece un veterano. Es más joven, más delicado, y hay algo en sus ojos, o más bien falta algo en sus ojos, que indica que no pertenece a este lugar como los demás.

Gunny hace un gesto de hartazgo. Lentamente se retira uno de los guantes tejidos para revelar otro debajo, este con los dedos al descubierto y de un amarillo tan descolorido como las letras de su gorra. Su mano tiembla ligeramente cuando la levanta, creo

que más por algo neurológico que por el frío, y me toca la punta de la nariz con un dedo.

—¿Siente eso?

Casi sonrío, pero no quiero asustarlo y provocar que mi presencia sea menos bienvenida.

—No, señor.

—Entonces váyase a casa por hoy y vuelva cuando quiera. No jugamos mucho los fines de semana. Hay demasiada gente.

—Gracias, señor —le digo. Impulsivamente, le planto un beso en la mejilla y sus largos bigotes me hacen cosquillas en los labios—. Volveré.

El tipo de la nariz bulbosa sonrío burlonamente.

—Miren nada más, Gunny se consiguió otra futura exesposa.

La mayoría de los hombres asienten mirándome, más como una señal de reconocimiento a mi presencia que como algo amistoso, pero está bien. Tengo que ganarme mi lugar, demostrarles que no sólo estoy aburrida o soy caprichosa. Me levanto y camino hacia el fondo del pabellón, llenándome de calor antes de volver a casa, y le lanzo una mirada al hombre en la mesa más lejana, el que no parece pertenecer a este lugar. No lleva gorra de beisbol, sólo un gorro tejido echado atrás lo suficiente para mostrar su cabello claro que no podría describir ni como rubio ni como café.

Me sonrío sin ganas.

—Me pareces conocido —digo de golpe.

—Muchos me dicen eso —responde sin alterar su sonrisa.

Claro. No es igual a nadie, así que debe ser parecido a cualquiera. No hay un solo rasgo que lo distinga, nada que diga que, sin duda, lo reconocería fuera de contexto. No es guapo, tampoco es feo, sólo... es. Hasta sus orejas son de un color turbio e indistinguible.

Y su sonrisa no cambia la expresión en su rostro. Es algo raro. Las sonrisas te cambian la posición de tus mejillas, la forma de tu boca, las arrugas alrededor de tus ojos. Pero su rostro no se ve para nada distinto que antes de que sonriera. No es que parezca falsa, simplemente no se ve... natural. Pero seamos honestos, los parques de ajedrez son un refugio para los que no saben socia-

lizar. Quizá lo que debería sorprenderme es que haga contacto visual.

Asiento, aún sintiéndome un tanto incómoda, y me voy a casa. Ya casi no siento el frío, lo cual no indica que el día esté calentándose sino que es una advertencia de oye-idiota-vuelve-a-casa-antes-de-que-te-congeles.

Cuando llego al vecindario, me detengo en el enorme alero que protege los buzones de nuestra calle. Incluso hay un bote encadenado a uno de los postes para poner el correo basura. En mis momentos más sentimentales, extraño nuestro buzón de Boston, con sus coloridas huellas de manos sobre la alegre superficie amarilla. Papá no quiso dejar su huella pues lo consideraba poco digno, así que las tres lo atacamos con las brochas y terminamos con la hermosa marca multicolor de un bigote en la puertecilla.

Me pregunto si aún lo tenemos. No lo he visto en las últimas mudanzas. Pero claro, podría decir eso de la mitad de nuestras pertenencias; desempacar y empacar de nuevo no parece que valga el esfuerzo.

Saco dos manojos de circulares y tarjetas extragrandes dirigidas a «Nuestros vecinos» y «Los residentes de...» y los tiro en el bote junto con el recordatorio de una cita con el dentista reenviada desde Birmingham. Hay una tarjeta en un sobre de un verde muy alegre, un color bastante primaveral, con la letra de Mercedes al frente. No es algo sorprendente; técnicamente hoy es mi primer día de escuela virtual, tomando clases online con un tutor en Francia para acostumbrarme a pensar y trabajar en otro idioma, y Mercedes siempre tiene una tarjeta preparada para mi primer día de escuela, sin importar cuántos de ellos tenga en el año.

Lo que me sorprende son los otros dos sobres, casi idénticos en tamaño. Uno está rotulado con mayúsculas en una caligrafía precisa y legible, del tipo que se sigue entendiendo aunque el papel y la tinta comiencen a decolorarse; las letras negras resaltan sobre la cartulina rosa brillante. El sobre azul pálido tiene unas letras más trabajadas y hay que parpadear un par de veces para poder leerlas.

La tarjeta de Mercedes llegó justo a tiempo, pero Vic y Eddison suelen enviar las tuyas en momentos distintos.

Estas no se parecen en nada a la tarjeta que envían en mayo, la cual firman los tres. Esa no tiene un mensaje, ni siquiera uno prefabricado. Solamente sus firmas. No es más que un recordatorio de que el asesinato de mi hermana no ha quedado en el olvido. Se necesita una planeación cuidadosa y conocer bien al servicio postal para evitar que esa tarjeta no llegue al mismo tiempo que las de mi cumpleaños.

Nada dice feliz cumpleaños como un recordatorio de que el FBI aún no sabe quién mató a tu hermana y a varias otras chicas a lo largo de estos años.

Al entrar a casa, me quito las primeras capas de ropa y las cuelgo en el clóset de la entrada, luego me dirijo escaleras arriba hacia mi habitación, quitándome el resto de las capas en el camino. Las tarjetas caen sobre mi cama y la ropa en la silla que traje del comedor poco usado, para contener el caos. Tras tomar una ducha caliente que provoca un doloroso regreso de las sensaciones a mi nariz y mis dedos, vuelvo a la cocina y preparo avena de sobre, le añado canela, miel y leche, y me la llevo al cuarto.

Hasta que estoy en la cama y en pijama, con la avena haciendo su magia para calentarme por dentro, es cuando tomo las tarjetas.

La de Mercedes es exactamente lo que debería ser, un alegre mensaje de regreso a clases escrito con una pluma neón, la mitad en español porque la mata de risa que le responda en francés. Luego tomo la de Vic, una fotografía en blanco y negro de tres gatos con unos lentes de sol enormes. La nota que la acompaña es casual, unas cuantas líneas sobre las cartas de admisión de su hija mayor y el miserable clima lluvioso en el norte de Virginia. La de Eddison, con una imagen que pende cuidadosamente entre lo grotesco y lo gracioso, no tiene nada escrito.

¿Por qué las tres?

Pero luego reviso de nuevo la tarjeta de Mercedes, que tiene el frente cubierto con tanta diamantina que haría que un unicornio se cagara de alegría, y me doy cuenta de que una parte de la

diamantina es distinta. La otra es muy fina, en color pastel. Pero aquí y allá hay líneas de lo que parece pegamento con brillos, grueso, un tanto grumoso y que formó pequeños bordes de colores brillantes. Meto una uña bajo una de esas líneas y la levanto suavemente. El papel se rasga un poco y luego cede. Un instante después, tengo un tosco círculo de pegamento en un dedo y una vista sin obstáculos de una parte de la tarjeta original.

Mercedes cubrió las mariposas.

Su nombre es Zoraida Bourret. Es domingo de Pascua.

Te gusta la Pascua en las iglesias más tradicionales, donde las niñas y mujeres siguen llevando vestidos blancos, encajes y sombreros con listones o flores. Hay algo especial en sentarte al fondo de la iglesia y ver ese mar de sombreros de Pascua.

Y este año, ves a Zoraida.

Claro que ya la habías visto antes, ayudando a su madre con la horda de hermanos menores. Has oído los chismes y esa otra sutileza que no es chisme pero tampoco noticia. Su padre fue un policía al que mataron en el cumplimiento del deber y, aunque Zoraida estaba destinada a ir a la universidad y lograr grandes cosas, abandonó todas sus actividades extracurriculares y probablemente su oportunidad de tener una educación superior a fin de ayudar en casa sin que nadie se lo pidiera.

Qué chica más buena, dicen las mujeres.

Qué niña tan dulce.

Qué maravillosa hermana.

No se parece en nada a Darla Jean, pero hay algo en ella que te la recuerda. Ya casi ha pasado un año desde su traición y tú aún la amas, la extrañas, te duele.

Pero Zoraida realmente es una buena chica. La has observado lo suficiente para saberlo. Va directo a casa después de clases, recoge a sus hermanos en el camino y a todos les da algo de comer y los pone a hacer sus tareas y otras actividades; casi siempre tiene la cena lista para cuando su madre llega a casa del trabajo. Ayuda a bañar a sus hermanos y acuesta a los más pequeños, y hasta entonces es cuando se sienta en la mesa de la cocina y comienza su propia tarea. Lo hace

hasta muy tarde y aun así se levanta temprano al día siguiente para asegurarse de que todos desayunen, se vistan y se vayan a la escuela.

Y cuando se le acercan chicos, y vaya que se le acercan, porque es hermosa y por Dios que el mundo se ilumina con su sonrisa, ella los rechaza amablemente, porque su familia es más importante.

Porque es una buena chica.

Cuando termina el servicio, es fácil robarse las bonitas bolsas de plástico que dejan sus hermanas en los bancos. Las gemelas las olvidan todo el tiempo, no se acuerdan de ellas hasta que ya han recorrido la mitad del camino a casa y, como hay que caminar mucho hasta la iglesia para ahorrar gasolina los fines de semana, siempre es Zoraida quien debe volver por ellas. Cada que esto ocurre, hace un gesto desaprobatorio con la cabeza pero también sonríe, porque ama a las gemelas y haría cualquier cosa por ellas.

Y sabes que tienes que ayudarla.

Debes asegurarte, por su bien, de que se mantenga por siempre tan buena, tan pura.

Por eso, sabiendo que las gemelas las olvidarían, te robas las bolsas y esperas a que Zoraida vuelva. La iglesia se vacía más rápido que de costumbre, pues todos van a buscar huevos, a comer o a ver a sus familias. Te sientas entre las sombras y esperas, y ahí viene, abanicándose con su sombrero. Es de encaje blanco y el almidón lo vuelve rígido e inflexible, con listones color durazno entretejidos por el borde y la base de la copa. El durazno y el blanco se ven muy suaves contra su piel oscura. En su vestido lleva un alcatraz con centro púrpura prendido como si fuera un corsage, casi a la altura del hombro.

Te acercas a ella por detrás, ahogando tus pasos en la delgada alfombra, y le cubres la boca con tu mano. Ella traga aire y comienza a gritar, pero tu brazo aprieta contra su garganta. Intenta defenderse, pero sabes cuánto tiempo debes mantener la presión hasta dejarla inconsciente.

Su vestido es tan blanco y está tan limpio. Tan inocente. No soportas la idea de arruinarlo.

Así que cuando uno de sus hermanos llega un poco después, preocupado porque ella no volvió de inmediato, la encuentra tendida frente al altar, con unos alcatraces de centro púrpura formando un halo sobre su cabeza y su ropa perfectamente doblada y acomodada

en una banca, con el sombrero sobre la pila y sus sencillos zapatos de hebilla a un lado. El corte en su garganta es una línea perfectamente trazada, pues al estar inconsciente no opuso resistencia.

Sin dolor, sin miedo.

No tuvo la oportunidad de fallar como Darla Jean, no se enfrentará a la tentación y la traición.

Zoraida Bourret será por siempre una chica buena.

El departamento de Eddison jamás ganará un premio de decoración. No es acogedor ni tiene calor de hogar. Si tuviera que acomodarse en alguna estética, tal vez sería vagamente institucional. Está limpio: hasta los trastes en el fregadero están enjuagados y apilados ordenadamente, esperando a que él vacíe y vuelva a cargar el lavavajillas, pero no hay mucho que lo haga sentir personal. Las paredes son del mismo color cascarón del que las pintaron antes de que él se mudara. Puso cortinas en las ventanas, en parte porque las persianas dejan pasar demasiada luz y en parte porque realmente no quiere que nadie pueda asomarse. Con excepción del comedor, una colorida monstruosidad cubierta de azulejos que Priya y su mamá rescataron de un restaurante mexicano que estaba por cerrar y que les dieron en broma, todos los muebles son oscuros y funcionales. Sus libros y películas viven en el clóset extra y sin mucha utilidad que está cerca de la televisión.

Por lo general, Eddison prefiere el lugar así. Cuando vuelve de casos en los que tuvo que visitar los hogares de las personas y ver cómo la gente da forma a los sitios donde vive, se siente agradecido de tener un espacio aceptablemente neutral para recuperar el equilibrio. Y quizá también hay algo de paranoia. No está seguro de conocer a alguien en la policía que no viva con el miedo constante y casi siempre silencioso de que un día alguien ataque a sus seres queridos como venganza. No tener a sus seres queridos a la vista, no dar pistas claras sobre sus vulnerabilidades, ni siquiera en su departamento, le da seguridad.

No perdió a su hermana por haber entrado al FBI, sino que entró al FBI porque perdió a su hermana, pero no soporta la idea

de poner en peligro a sus padres o a los muchos tíos, tías y primos con los que aún sigue en contacto.

Pero hoy, que ha pasado todo el día contemplando el papeleo que probablemente llenará el resto de la semana, no puede evitar darse cuenta de que el lugar al que llama casa es de plano estéril.

Tras quitarse el traje se sienta en el sofá con una caja de comida para llevar. La esposa y la mamá de Vic, esas santas, se han ofrecido varias veces a enseñarle a cocinar de verdad, pero lo más que logra sin desatar el caos es ramen y macarrones con queso de caja. Por mucho que Ramírez se burle, no tiene que ver con que sea hombre sino con que se aburre a media preparación.

Está bastante seguro de que a su casero no le alegraría tener que pintar otra vez las manchas de humo en el techo de la cocina.

Sus fotos personales, cualquiera donde figuren él o un ser querido o una ubicación que lo relacione, están guardadas en cajas de zapatos escondidas en lo más alto del clóset de su habitación. Están ahí para cuando él quiera verlas, pero es difícil que las encuentre alguien más. Unas cuantas son seguras como para tenerlas a la vista, y se queda mirándolas en vez de buscar un partido en la televisión.

No recuerda haberle contado a Priya por qué no había fotografías en su casa cuando ella y su madre vinieron por él para llevarlo a un asado en casa de Vic en los meses en que ambas vivieron en Washington. Casi recuerda que se lo mencionó a su madre, pero sin hablar de las razones. Aunque, claro, Deshani Sravasti es una mujer increíble con una enorme (y casi aterradora) capacidad para leer a las personas. Probablemente notó la ausencia de fotografías desde antes de que él lo mencionara y llegó a una conclusión bastante atinada del porqué. Quizá fue ella quien se lo mencionó a Priya.

Y así comenzaron las aventuras del agente especial Ken. No sabe bien de dónde sacó Priya el muñeco (sospecha de una de las hijas de Vic), pero le hizo un traje y un pequeño impermeable azul marino con un rótulo de «FBI» en enormes letras amarillas en la espalda. Ahora, adondequiera que vayan Priya y su madre, el agente especial Ken va con ellas y se toma fotos con fondos in-

teresantes o famosos. Las que Eddison ha enmarcado están acomodadas en un arco sobre la televisión.

Su favorita es de Berlín: el muñeco está casi doblado por la mitad, con la cara sobre una mesa junto a un tarro de cerveza al que le queda la cuarta parte y que es más grande que Ken de pie. Debajo del impermeable se alcanzan a ver los pequeños *lederhosen* que trae puestos. Eddison está seguro de que Priya es la única persona que conoce que no tiene problema alguno en hacer parecer borracho a un muñeco para una sesión fotográfica en un espacio público. Priya no firma ni escribe fechas en el reverso de las fotos, sólo anota el nombre de los escenarios más desconocidos. Personales en la intención, impersonales en apariencia.

Seguras.

Su teléfono suena, vibrando y danzando sobre la mesita de centro. Eddison lo observa con cautela hasta que recuerda que Priya quedó de llamarlo.

—Entonces, ¿tu nueva ciudad está llena de cosas interesantes? —pregunta en vez de saludar.

—«Interesante» es una buena forma de decirlo —acepta ella—. Las plazas son una mezcla muy extraña de buenas intenciones y resignación.

—Al fin pude leer la nota sobre tu madre en la edición de diciembre de *The Economist* —dice Eddison—. Es un perfil impresionante.

—La entrevista comenzó un poco mal, no dejaban de preguntarle sobre Chavi y papá, y mamá no estaba muy contenta con eso.

Cuando se trata de Deshani Sravasti, «no estaba muy contenta» suele significar que su víctima tiene suerte de escapar sin orinarse en los pantalones. Claramente *The Economist* envió a alguien hecho para cosas más duras, dados los resultados de la entrevista.

—Mejoró cuando se volvió menos personal —continúa Priya—. A mamá le encanta hablar sobre cómo atiende las crisis en las distintas filiales.

—Me alegra que se lo reconozcan. —Fue impresionante entrar en la librería y ver a Deshani en la portada de la revista, con

su mirada directa y desafiante aun en las fotos. El artículo estaba acompañado de otras imágenes, una de ellas en su oficina de Birmingham y la otra en un sofá junto a Priya.

No le sorprendió ver las pequeñas letras con el crédito de Priya en las fotografías en las que ella no aparecía.

Hay una pausa en el teléfono, no tanto un segundo de silencio sino de duda, y si hay algo que Priya jamás hace, es dudar. Se trata de la chica que, a los diez minutos de conocerlo, le lanzó un oso de peluche a la cabeza y le dijo que no fuera un maldito cobarde. Son amigos desde entonces.

Generalmente Eddison prefiere no analizar lo que eso podría decir sobre él.

—¿Qué pasa, Priya?

—¿Están bien allá?

La pregunta lo deja helado sin razón aparente y entierra el tenedor de plástico en sus fideos.

—¿Quiénes? ¿El equipo? Estamos bien.

—¿En serio? Porque hoy recibí tarjetas de los tres.

Mierda.

No había forma de que Eddison supiera que Vic planeaba enviarle una tarjeta, pero debió haber recordado a Ramírez. ¿Habría sido menos notorio si sólo hubieran llegado dos?

Pero Priya es igual a su madre y ninguna de las dos ha necesitado jamás toda la información para llegar correctamente del punto A al punto M.

—No tienes que decirme qué está pasando. Sé que quizá no quieras hacerlo o no puedas. Es sólo que me preocupan. —De nuevo la duda, el movimiento para probar el hielo antes de dar el paso—. Mercedes cubrió con diamantina las mariposas en su tarjeta.

Carajo.

Pero el jueves pasado, el día que él envió su tarjeta, fue un mal día para todos. No debería sorprenderle.

—Permíteme refrasearlo un poco —agrega ella—. ¿Van a estar bien?

Eddison lo piensa por un momento, lo analiza dejando que la pregunta se cuele en sus huesos como si ahí fuera a encontrar la res-

puesta. Priya no dice nada más, no presiona ni insiste ni lo apresura con la respuesta. Se ha vuelto buena cuando se trata de esperar.

Las Mariposas eran buenas esperando, algunas mejores que otras. Casi ninguna de las que quedaron sigue siendo buena en eso.

Eddison no estuvo en el Jardín cuando sacaron los cuerpos de las chicas que murieron poco antes de la explosión o en ella. Iba de regreso a Quántico con una ira que le llenaba todos los huecos abiertos por lo que acababa de ver.

Cuando se enteraron de lo que les pasó a esas niñas, lo asaltó la terrible comprensión de que ese caso nunca se iría. No que no se resolviera legalmente; eso sí pasaría. En algún momento. Pero no era un caso de los que se resuelven, se archivan y se pasa al siguiente. Ni siquiera de los que sólo recuerdas cuando reflexionas en lo vivido durante tu carrera.

Era uno de esos casos que te arruinan, que te joden por el resto de la vida porque ¿cómo una persona puede hacer algo así?

Y dado que es Priya quien lo pregunta; Priya, quien sabe mejor que nadie lo que significa no estar bien, quien sabe que está bien no estar bien, Eddison analiza los límites de lo que puede y no puede decirle y concluye que de cualquier modo saldrá en las noticias, pero no será ella quien lo revele.

—Una de las sobrevivientes del Jardín se quitó la vida la semana pasada.

Ella hace un ligero sonido que es más una manifestación de sus pensamientos que una respuesta.

—No fue algo realmente sorprendente —continúa Eddison—. No con ella. Nos desconcertaba más que no lo hubiera hecho antes.

—¿Y su familia?

—Ella se quebró cuando aún estaba allá adentro. Su familia acabó de romperla. Pero con ella son...

Priya lo dice para que él no tenga que hacerlo.

—Tres —señala sin más—. Son tres suicidios en menos de cuatro meses.

—Hay otras dos de las que los psicólogos nos han advertido. «Es muy probable», según sus palabras.